



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11068

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jera.—Tres meses, 11/25 id.—La suscripción se contará desde 1.
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 2 DE NOVIEMBRE DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CONTRA UNA PLAGA

En muchas ocasiones hemos le-
vantado la voz contra esa plaga de
mendigos que por doquier nos asie-
ra el paso, y nos molesta pidién-
donos con lenguaje plañero una
limosna por amor de Dios, cuando
no nos la exige con frases descor-
teses y groseras.

La plaga va extendiéndose, in-
vadiendo la ciudad y el campo; y
aun cuando la Alcaldía pública
edictos encaminados á ponerle fre-
no, sus efectos no duran más que
un día, pues al siguiente de su pu-
blicación nos vuelve á detener, en
la vía pública el mendigo cojo
que anda sin muletas cuando nadie
lo vé, la pobre madre de familia,
perpetua viuda reciente, que ha-
ce pasar por propios—para ablandar
mejor los corazones—dos ó tres
chiquillos alquilados á alguna ma-
dre sin corazón, el viejo procaz
que se desata en maldiciones contra
los que no atienden su ruego, y el
cínico borracho que apenas cae en
su mano el obolo que la caridad
deposita en ella se mete en la ta-
berna para gastarla en vino.

Esos mendigos que nos asedian
no son de aquí; andando y pidiendo
vienen de todos los puntos de la
Península fingiendo accidentes, si-
mulando enfermedades asquerosas
ó inutilidades no comprobadas;
mas que pobres necesitados son in-
dustriales que van haciendo su ne-
gocio y algunos se hacen ricos y
siguen pidiendo.

Lo raro que tiene esa plaga es
que se multiplica á medida que se
va multipliando la beneficencia; y
así se da el caso de que á cada nue-
va institución fundada en beneficio
de los pobres crece la mendicidad
de un modo incomprensible.

Cuando se estableció en Cartage-
na la Tienda asilo creímos que la
mendicidad cesaría, aun cuando
no fuera del todo, tanto más quan-

to que la junta de gobierno de di-
cho establecimiento no limitó dun-
ca el número de raciones; pero la
mendicidad fue aumentando y pro-
sa rara! fuera de los primeros días
en que la novedad los atrajo á la
Tienda, no se ven en el comedor
de la misma los mendigos sin duda
necesitan, si en el comedor y ganan
lo bastante para adquirirlo en otra
parte.

No es solo en Cartagena, donde
se observa este fenomeno. También
se observa en Zaragoza; pero mas
prácticos que nosotros los hijos de
la ciudad heroica se han empe-
ñado en destruirlo. Ya que dan á
manos llenas no quieren que les
pida nadie; y tan dispuestos estan
los zaragozanos á llegar al objeti-
vo, que ayer mismo publicó el Al-
caldé de la capital aragonesa un
bando prohibiendo en absoluto la
mendicidad.

Los obreros sin trabajo, los que
lengua impedimento físico para de-
dicarse á una ocupación, las viudas
sin recursos, y en general, mu-
chos necesitados, los socorran de
una junta formada por to-
das las asociaciones benéficas zara-
gozanas; hasta los pobres transun-
tes serán socorridos tres días; pero
al que desde ayer se le encuentre
mendigando en la vía pública irá á
la cárcel.

Cartagena se encuentra en igual
caso que Zaragoza. Aquí hay un
Hospital de Caridad que no le cie-
rra la puerta á ningún enfermo;
una Casa de Misericordia que so-
siente muchos niños; un Asilo de
Ancianos con numeroso personal;
una Casa de Expositos repleta; una
Tienda-Asilo que reparte diaria-
mente quinientas raciones por lo
menos; varias corporaciones reli-
giosas y profanas que dan limosna
á manos llenas y un pueblo gene-
roso que da siempre que le piden.

Los cartageneros gastan mu-
chísimo en obras de caridad al-
gunos miles de duros y por ello
tienen derecho á exigir, que no les

salga al paso el mendigo en la ca-
lle, ni les aporree las puertas, ni se
les entre en sus habitaciones bajo
el pretexto de pedir, pero Dios sa-
be si con otras intenciones.

Alguna vez hemos de llegar al
corte de los abusos y alguno ha de
ser el primero. Séalo éste de que
nos ocupamos, que si se quiere de
verdad que desaparezca no opon-
dra resistencia insuperable

TIJERETAZOS

Los amigos del Sr. Gamazo han su-
crito una carta que dirigen á dicho se-
ñor, ensalzándole, aplaudiéndole y es-
perando de él dichas y venturas.

No me adhiero.
¡Qué me he de adhirir si lo único que
conozco del diputado por Medina es el
presupuesto de la paz que nos llevó á
la guerra y la salida de los trigos que
por poco nos mata de hambre!

Y dice unas cosas la tal cartita....
Ahí va un párrafo:

«Extramando la abnegación, aceptó usted
en Mayo último la cartera de Fomento en
condiciones tales que fue necesario el poder-
se injuie de la autoridad que sobre nosotros
ejerce para que lográramos dominar la in-
quietud que nos producía verle en el gobier-
no, convencidos como estábamos por tristes
experiencias anteriores de la esterilidad del
sacrificio»

¿Será el Sr. Gamazo el más mlope
de la falange á que da nombre?

Todos, todos esperaban
su fracaso, menos él.

El país también lo esperaba; pero,
dado el trono que se trata el más gran-
de de nuestros trigueros, se quedó
asombrado al ver la postura desairada
en que cayó.

¿Si al menos hubiera sido artístico!

Inglaterra va á hacer una soberbia de-
monstración naval para meterle á Fran-
cia los monos.

Si no fuera porque en la cuestión de
esos dos países, podemos perder algo,
sería cosa de tomar luneta para ver la
función.

Pero no hay cuidado; no tardarán en
aparecer los amigables componedores.

que arreglarán el asunto sin daño para
nadie.

Siempre no han de hacer los vecinos
de Europa lo que hicieron con España.

Y como en este negocio de ingleses y
franceses pueden llevar un pescozón,
hay que evitarlo á todo trance.

PARÉNTESIS

Al jitano Juan Pedrosa
perdiósele olerito día

un borrico al que tenía
más cariño que á su esposa.

A declarar fue llamado
y el juez le dijo: Bien, luego
vienes y me traes un pliego
del de á peseta, sellado.

—D. Gaspar, ¡por San Clemente
que lo supiera le ruego!

—Por contestar, otro pliego
no te extraña que te aumente.

—D. Gaspar, ¡por San Miguel!

—Otro pliego, no osaste.

—¿Otro pliego? ¡Dios bendito,
va usted á acabar el papel!

—Cuatro pliego de á peseta
vas á tener que comprar.

—Pero ¡por Dios don Gaspar
va usted á hacer alguna cometa?

Alfredo Rivera.

GLORIAS NACIONALES

Rindese á las armas españolas
la colonia del Sacramento.

2 de Noviembre de 1762.

El día 2 de Enero de 1762, tres años
después de haber subido Carlos III al
trono de San Fernando, Jorge III de
Inglaterra, aquel monarca durante cu-
yo reinado perdió la Corona de la Gran
Bretaña sus posesiones de la América
del Norte, declaró la guerra á España
á consecuencia del «Pacto de familia»,
firmado entre los soberanos de Francia,
España, Nápoles y Parma para prestar-
se mutua ayuda contra el rey británico,
entonces en guerra con el francés.

Portugal ya era entonces gran amigo
de Inglaterra, y aunque aparentaba
permanecer neutral, ofrecía poca con-
fianza á España, y por este motivo Ca-

los III dispuso marchar al lusitano rei-
no un cuerpo de ejército, que primera-
mente mandó el marqués de Sarria
después el conde de Aranda, con el fin
de cerrar sus puertos á los británicos,
hecho que obligó á Portugal á tomar
parte en la guerra en contra de España.

Obedeciendo órdenes del gobierno de
la metrópoli, el gobernador y capitán
general de Buenos Aires, D. Pedro de
Cavallero, en 1.º de Octubre de 1762,
puso sitio á la colonia del Sacramento,
plaza portuguesa situada en la costa
norte del río de la Plata.

El día 5 ya tenían construida los
nuestros una batería de siete cañones á
500 toesas de la plaza, á inmediatamen-
te rompieron el fuego y al amparo de
este pudieron trabajar en las obras del
sitio con la tranquilidad necesaria, no
cesando el fuego hasta el 11, en que por
tener dispuesta otra batería de 19 caño-
nes comenzaron á batir en brecha la
muralla del bastión, cuando, refestado,
hecho que les obligó á emplazar más
cañones de la muralla la artillería.

El día 20 ya habían logrado los nús-
tros derribar la cornisa de la Puerta del
Sacramento, por lo que se dispusieron á
dar el asalto, pero como no se llevó á
cabo por haber pedido capitular el go-
bernador de la plaza, D. Vicente de Sil-
va da Fonseca.

El día 2 de Noviembre salió de la Co-
lonia del Sacramento la guarnición por-
tuguesa con todos los honores de gue-
rra.

MARCE RODRIGO

(Prohibida la reproducción.)

LA EXPOSICION

No es la Exposición de que vamos á
ocuparnos la que con verdadero derro-
che ha de celebrarse en París dentro de
dos años, para saludar el advenimiento
del venidero siglo, en cuyo seno palpi-
tan las soluciones de los grandes pro-
blemas que han conmovido la existen-
cia del que está agonizando. Es la que
con exquisito gusto artístico presentó
el domingo pasado el inteligente comer-
ciante D. Andrés Plazas, en su estable-
cimiento de muebles de lujo, abierto
recientemente en la calle Mayor.

Allí estaban en noble competencia la
industria nacional y la extranjera se

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 399

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 396

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 395

taba, pues, completamente virgen su corazón, mas
que por inesperienza, por necesidad.

La primera solicitud de amor que llegó á ella, fué
la del archiduque Carlos, acompañada de su retrato
y expresada en una carta.

Pero el archiduque Carlos, como buen alemán,
era modesto y rubicando, de expresión fría, un
verdadero tipo de Rembrand ó de Rubens, frío, sin
espíritu, con los ojos pequeños de un azul claro y
que nada expresaban.

Dofia Esperanza rechazó, por solo su retrato, al
archiduque, y contestó en términos generales á su
carta.

Era demasiado joven y demasiado apartada del
mundo para ser ambiciosa.

Se había prestado, sin embargo, á tomar parte en
una conspiración contra Felipe V, y por esta causa
había conocido al marqués de Leganés, al hijo ma-
yor del conde de Montecay don Luis Dávalos, y al-
gunos de sus amigos.

El marqués de Leganés era petulante y necio, y
muy pagado de sí mismo: don Luis Dávalos tacitúr-
no, sombrío y antipático; y los otros, medianamente
focos ó medianamente viejos.

Por lo que, apesar de que todos, de una manera
mas ó menos clara, la habían galanteado, doña Es-

ningún hombre que pudiese impresionar á doña Es-
peranza.

En ella no había mas que el conserje, el cocinero,
dos criados, un jardinero y su ayudante; toda gen-
te comun, á la que ni por sueños podía descender
su orgullo.

En estas temporadas de verano la acompañaba el
marqués de Castroviejo, tal vez con la intención de
conseguir, en la soledad y el apartamiento, los fa-
vores de doña Esperanza.

El marqués pensaba explotar de este modo, mu-
cho mejor que de otro, haciendo su esposa á la jo-
ven, los favores del pobre Carlos II.

Pero doña Esperanza no le dió ocasión de atre-
verse.

El marqués de Castroviejo le parecía feo, dema-
siado pasado, intolerable; y le trataba con tal tie-
nra que venia á ser una especie de muralla puesta
delante de la joven, en la cual se estreñaban los
proyectos del marqués.

Después de estos sucesos, los viajes á la en-
sita aislada en los alrededores de Versailles cesaron.

El marqués se había convencido de que nada po-
día esperar de doña Esperanza.

En su casa de Madrid, la joven á nadie veía. Es

tiembla, y mis ojos no saben... no pueden apartarse
de vuestra belleza.

—Abusais, Mr. Prevauz, de lo que yo he dicho,
creyéndome sola, á un hombre que es mi confidente
y á quien dispenso mi mas absoluta confianza.

—Por el contrario, señora, lo que he oido me con-
tiene, me reduce á la impotencia: si nada hubiera
oido, al veros me hubiera arrojado á vuestros pies;
hubiera asido vuestras manos, no me hubiera levan-
tado sino temiendo la certeza de obtener con vuestro
amor una felicidad no comprendida hasta el momen-
to de haberos visto, ó para salir de aquí, montar á
caballo, partir á Cataluña, y hacerme matar por los
aliados.

Lo mismo, sobre poco mas ó menos, había dicho
Mr. de la Chaumiere á María de la Azucena algun
tiempo antes.

IV

Y no era, esto que hubiera prescindido de María
de la Azucena por doña Esperanza.

Era que las dos, las que enagoraban, que querían
quedarse con las dos.

En cuanto á doña Esperanza, el empeño no era
muy difícil. La pobre joven vivía muy retirada, se